



**RESILIENCIA E INTERSUBJETIVIDAD. Una articulación
necesaria y fructífera.**

Tutor del trabajo: Lic. Felipe Muller

Melillo, Fernando.
Carrera de Psicología
Nro. de matrícula: 20792
Buenos Aires, Marzo, 2018

Agradecimientos

A mi viejo, Aldo.

A Roxana, Lucía y Tomás.

A mis hermanos y toda esa gran familia que tenemos.

A mis amigos y amigas, acompañantes en la vida.

Y a Felipe Muller por prestarme sus ideas y darme el empujón final.

Índice

INTRODUCCIÓN.....	1
Problema y pregunta de investigación	
Relevancia y justificación temática	
Objetivos	
Alcances y límites del trabajo.	
Antecedentes y Estado del arte	
Marco Teórico.....	7
DESARROLLO.....	9
Capítulo 1. Resiliencia e intersubjetividad.....	9
Resiliencia e intersubjetividad en sus cuatro usos.	
Intersubjetividad en su uso generativo o constitutivo.	
Intersubjetividad en su uso categorial.	
Intersubjetividad en su uso descriptivo relacional.	
Intersubjetividad en su uso específico.	
Capítulo 2. Resiliencia e intersubjetividad desde el psicoanálisis.....	12
Capítulo 3. Resiliencia e intersubjetividad desde la psicología del desarrollo.....	19
Stern y el mundo interpersonal del infante	
Vigotski y la intersubjetividad.	
Bruner y la intersubjetividad en la filogénesis.	
Capítulo 4: Factores, pilares y tutores de la resiliencia e intersubjetividad.....	27
Factores y pilares de la resiliencia	
Tutores de resiliencia	
Capítulo 5: Resiliencia e intersubjetividad. Algunos aportes en educación, atención y promoción de la salud y desarrollo social comunitario.....	36
En el campo de la educación.	
En la atención y promoción de la salud.	
En el campo de lo social-comunitario.	
CONCLUSIONES.....	41.
Referencias Bibliográficas.....	43.

RESILIENCIA E INTERSUBJETIVIDAD. Una articulación necesaria y fructífera.

Resumen.

Este trabajo parte de reconocer la validez del concepto de resiliencia en Psicología y su pertinencia y utilidad en los campos de la educación, la salud y el desarrollo social, en tanto se entiende que las capacidades resilientes de los sujetos son el resultado de procesos dinámicos, interactivos y relacionales con un otro en el entorno humano. En este sentido, se propone ampliar la comprensión respecto al cuándo, cómo y entre quiénes se producen estos procesos que promueven resiliencia en las personas. Para ello se ubica el foco en los factores, fuentes o pilares de la resiliencia, examinándolos desde la perspectiva del concepto de intersubjetividad y sus aportes desde la psicología del desarrollo y el psicoanálisis. Finalmente se realizan algunas consideraciones a modo de aporte en los campos de la educación, la salud y lo social-comunitario en función del amplio potencial aplicativo implicado en la articulación teórico-metodológica de los constructos de resiliencia e intersubjetividad.

Introducción.

En las últimas dos décadas se han multiplicado geométricamente los estudios teóricos y empíricos sobre el constructo de resiliencia en psicología, así como su utilización en el diseño e implementación de programas de intervención en promoción de la salud y la educación pública, especialmente en comunidades socialmente desfavorecidas.

Tomado el concepto de la Física, fue utilizado también por la Biología, pero es en el campo de la Psicología donde se fertiliza y va siendo reelaborado teóricamente desde diferentes enfoques, alimentando a su vez prácticas e intervenciones diversas desde la clínica a lo social comunitario, atravesando las áreas de la salud, la educación, las organizaciones y el trabajo.

La resiliencia es conceptualizada en primer lugar como resultado de observaciones en estudios epidemiológicos longitudinales en psicopatología con poblaciones que atravesaron décadas de circunstancias extremadamente adversas. Una primera lectura de los hallazgos se orientó en el sentido de entender la resiliencia como la capacidad (con características que difieren en presencia y magnitud en cada individuo y, en un extremo, de origen genético) que les permite a ciertas personas sobreponerse positivamente a situaciones que causan estragos

en el bienestar y desarrollo vital de otros seres humanos. Rápidamente los investigadores ampliaron el foco de atención incluyendo como factores co-determinantes, tanto de riesgo como de protección, a los elementos del entorno socioambiental de cada individuo, desde lo vincular y familiar a lo comunitario, social, histórico y cultural. La investigación sobre resiliencia entonces se extiende, profundiza y complejiza. La resiliencia ya no es concebida como un rasgo dado en ciertos individuos sino más bien el resultado posible de las interacciones del sujeto en su desarrollo vital y su contexto. Esta comprensión de la resiliencia como procesual, multifactorial y compleja es la que hoy prevalece tanto en los ámbitos académicos como en las intervenciones psicosociales de todo tipo. En este sentido, por ejemplo, en el campo de las políticas sanitarias, el concepto de resiliencia es solidario y convergente con el paradigma de Promoción de la Salud que contiene pero no se limita a la simple prevención de la enfermedad por la resolución favorable de la ecuación entre factores de riesgo y protectores específicos.

Problema y pregunta de investigación.

El Diccionario de la Real Academia Española define a la Resiliencia como “capacidad de un material, mecanismo o sistema para recuperar su estado inicial cuando ha cesado la perturbación a la que había estado sometido” (en términos físicos) o como “capacidad de adaptación de un ser vivo frente a un agente perturbador o un estado o situación adversos” (en términos biológicos). A su vez se refiere a la Intersubjetividad como aquello “que sucede en la comunicación intelectual o afectiva entre dos o más sujetos”.

En relación al tema de este trabajo se puede afirmar que resiliencia e intersubjetividad son inescindibles en términos procesuales. Retomando e integrando las definiciones de la RAE citadas más arriba surge una primera articulación conceptual posible y necesaria, dada la especificidad del cachorro humano entre los seres vivos: resiliencia es la capacidad de los seres humanos (*como producto de cierta clase de procesos que implican interacción intelectual y afectiva entre dos o más sujetos*), de poder enfrentar y superar situaciones o eventos incluso extremadamente dolorosos y adversos para continuar un desarrollo pleno a lo largo de los ciclos de la vida.

Ahora bien: el carácter siempre intersubjetivo de los procesos que promueven resiliencia muchas veces ha sido desconocido o reconocido de manera difusa o implícita en las investigaciones tanto teóricas como empíricas o en las intervenciones psicosociales referenciadas en el concepto de resiliencia. Esto produce, a nuestro entender, que la importancia dinámica de lo intersubjetivo emerja una y otra vez en el análisis de los resultados de esos estudios sin que haya sido integrada teóricamente a priori, lo que de algún modo pone límites en la profundidad, alcances y precisión de las investigaciones y propuestas de acción.

Habrá entonces que problematizar la articulación entre resiliencia e intersubjetividad, Para ello indagaremos, desde los aportes del psicoanálisis y la psicología del desarrollo: *cuáles* son y *cómo* ocurren aquellos procesos intersubjetivos de naturaleza afectiva y cognitiva que promueven la resiliencia; *cuándo* se desarrollan en relación a los diferentes momentos del ciclo vital; *entre quiénes* se producen en imbricación con el campo de lo social, desde lo vincular primario de la relación madre-hijo y la familia, pasando por la comunidad y el ambiente más cercanos, y llegando a las instancias de cada sociedad y cultura históricamente determinadas.

Relevancia y justificación de la temática.

Los muchos y diversos estudios teóricos y empíricos sobre la temática en general han procurado formular algunas conclusiones y recomendaciones en materia de prácticas e intervenciones en educación y salud, especialmente con sectores o grupos en situación de vulnerabilidad, aunque también en instancias que involucran a la población en general, e incluso en diversas modalidades y enfoques psicoterapéuticos. Esto es así porque existe un extendido consenso respecto a la utilidad y potencia del constructo de la resiliencia en dichos campos. Ello obedece a dos cuestiones. En primer lugar el concepto de resiliencia recupera, integra y sintetiza saberes preexistentes y reconocidos como valiosos tanto en la comunidad académica como en los organismos nacionales e internacionales responsables de políticas públicas socialmente significativas. En segundo lugar, el modo en que realiza su particular aporte y novedad desarrolla un abordaje que le otorga un alto grado de asequibilidad como insumo en la capacitación de profesionales, técnicos y operadores de variados tipos y niveles de formación y actividad.

Teniendo en cuenta que la historia y la condición humana, así como el psiquismo de cada individuo, no han estado ni podrán estar nunca exentos de privaciones, conflictos, sufrimientos y adversidades que la Psicología, en colaboración con otras disciplinas, debe encontrar el modo de afrontar de la mejor manera posible, es que consideramos relevante la temática elegida.

El abordaje conllevará, entonces, el intento de explorar, sistematizar y, en cuanto esté a nuestro alcance, realizar un aporte, respecto a los procesos intersubjetivos que de modo natural y espontáneo producen capacidades resilientes en las personas, para desde allí poder nutrir teórica y metodológicamente las acciones que a nivel micro y macro pretenden mejorar la calidad de vida y el bienestar de los seres humanos.

Objetivos.

- a. Explorar y proponer una posible articulación teórico-metodológica entre los conceptos de resiliencia e intersubjetividad
 - a. 1. Fundamentar y explicitar el carácter imprescindible de la noción de intersubjetividad para la comprensión de la resiliencia.
 - a. 2. Articular resiliencia e intersubjetividad desde la perspectiva del psicoanálisis.
 - a. 3. Articular resiliencia e intersubjetividad desde la psicología del desarrollo.
- b. Formular y sugerir aspectos a tener en cuenta en intervenciones sociales, educativas y de salud a partir de la articulación de los conceptos de resiliencia e intersubjetividad.
 - b. 1. Proponer algunas consideraciones conceptuales y metodológicas que colaboren en ampliar las posibilidades, mejorar la calidad y aumentar el impacto de las intervenciones y prácticas socio-comunitarias, educativas y de salud basadas en el concepto de resiliencia.

Alcances y límites del trabajo.

Existe un amplio consenso, entre quienes reconocen la validez y utilidad del concepto de resiliencia, respecto a que la aparición o no de ésta en los sujetos depende de la interacción de la persona con su entorno humano a lo largo del ciclo vital. Al hallar, comenzar a comprender y caracterizar los factores intervinientes en la dinámica de este proceso para la producción de capacidades resilientes, surgió el interés por lograr identificar y fortalecer esos factores cuando se hallaren presentes, o crearlos y reproducirlos cuando no, en el marco de las interacciones sociales y humanas planificadas como son las de la educación y la salud. La psicología, desde diferentes enfoques, ha venido contribuyendo a explicar lo que en un principio fueron hallazgos empíricos sobre el relevante papel que juega lo interactivo, relacional o vincular en la resiliencia. A su vez los modos, efectos, dimensiones, características de los diferentes tipos de interacción o encuentro con el otro humano vienen teniendo, especialmente en y desde la psicología del desarrollo y el psicoanálisis una enriquecedora indagación y elaboración desde la perspectiva y a través del concepto de intersubjetividad.

Este trabajo busca alcanzar una mayor sistematización del saber existente y un avance para la mejor comprensión teórica de los denominados factores y pilares de la resiliencia, examinando cada uno de ellos en articulación con los postulados y usos de la intersubjetividad. A partir de allí se propone esbozar algunas consideraciones y sugerencias para la aplicación de la resiliencia en el quehacer educativo, sanitario o de desarrollo social. En este sentido nos

limitaremos a algunas cuestiones (y sus implicancias) que en estos campos están directa y estrechamente vinculados con la temática y el alcance aquí propuestos. Quedará, entonces, por fuera de estos, un espacio muy amplio y diverso para la utilización teórico-práctica del concepto de resiliencia en Psicología Social, de la Salud y de la Educación.

Antecedentes y Estado del arte

En general existe actualmente un consenso en que la resiliencia es la capacidad del ser humano que, afectado por un hecho, situación, interacción o ambiente traumático, estresante o extremadamente adverso, puede sobreponerse (o incluso emerger fortalecido) y continuar el desarrollo de su vida en un sentido de procurar para sí mismo y para los demás un bienestar bio-psico-social, cultural y espiritual.

El punto de partida de este concepto fue desarrollado por Emmy Werner, a mediados del siglo pasado a través de un estudio longitudinal realizado durante 32 años en la isla de Kawai (Hawai), donde estudió la evolución de una cohorte de más de 600 niños sometidos a difíciles condiciones de vida caracterizadas por graves y múltiples factores estresantes: pobreza crónica, disolución del vínculo parental, muerte de un familiar, alcoholismo, violencia, marginalidad. A pesar de estas situaciones de riesgo se pudo comprobar que un tercio de esos niños lograron sobreponerse a las adversidades, no presentaron ningún tipo de patologías y pudieron convertirse en personas que accedían a una vida con relaciones estables, comprometidas con un trabajo e involucradas con sus semejantes. En las primeras hipótesis, al inicio de las investigaciones, se tendió a pensar que estos niños eran una especie de sujetos “invulnerables”, quizá dotados de una carga genética especial. Sin embargo, avances en esos mismos estudios pusieron en evidencia que en todos los casos de individuos resilientes (es entonces cuando Werner introduce en la Psicología el concepto de Resiliencia tomado de la Física y de la Ecología) aparecían factores que no estaban ligados a ninguna característica física, temperamental o intelectual del niño, sino que eran más bien producto de la existencia de un sujeto significativo, familiar o no, que les daba un apoyo externo irrestricto, siendo precisamente ese afecto la base del desarrollo vital sano.

Un autor francés especializado en la temática, Boris Cyrulnik, neurólogo, etólogo, psiquiatra y psicoanalista, él mismo un resiliente que se fugó de un campo de concentración cuando tenía siete años de edad, señala que el peor trauma puede herir a un sujeto, pero basta una mano humana que se le tienda para generar una trama social para la recuperación. En definitiva, se comenzaba a avizorar que todos los individuos pueden llegar a ser resilientes cuando interactúan positivamente con otros seres humanos, en cualquier etapa de su vida.

Cómo integrar el concepto de resiliencia en sus dimensiones concernientes a la subjetividad y la intersubjetividad, en su desarrollo ontogenético y socio-histórico, cómo aplicar derivaciones teóricas y técnicas de este constructo en el trabajo social, educativo, sanitario, han

sido interrogantes generadores de una gran productividad científica en los últimos veinte años.

El concepto de resiliencia nació y comenzó a desarrollarse en el hemisferio norte (Michel Rutter en Inglaterra y Emmy Werner en Estados Unidos), luego se extendió a toda Europa -especialmente Francia, los Países Bajos, Alemania y España-, y más tarde llegó a América latina, donde se han establecido importantes grupos de investigación y numerosos proyectos específicos. Intelectualmente, podríamos hablar de tres corrientes: la norteamericana, esencialmente conductista, pragmática y centrada en lo individual; la europea, con mayores enfoques psicoanalíticos y una perspectiva ética; y la latinoamericana, de raigambre comunitaria, enfocada en lo social como lógica respuesta a los problemas del contexto. Otra tendencia en la expansión conceptual y explicativa ha sido su pasaje del énfasis inicial en la infancia, como parte de la psicología del desarrollo, hacia otras etapas del ciclo de la vida (adolescencia, tercera edad), y hacia problemas específicos de reciente emergencia y creciente prevalencia (violencia, discapacidad).
(Suarez Ojeda, 2004, pp. 18/19)

Resulta importante señalar que las diferencias y matices entre las corrientes mencionadas anteriormente han producido un efecto de “fertilización cruzada”, enriqueciendo, profundizando y complementando las diferentes perspectivas. Ejemplo de ello, y del campo que se abrió al comenzar este siglo, son los que describe Edith Grotberg, una de las más relevantes investigadoras y difusoras del concepto de resiliencia.

A continuación detallaré ocho nuevos enfoques y descubrimientos a partir del concepto de resiliencia, que define lo que está sucediendo hoy en el área de desarrollo humano.

- La resiliencia está ligada al desarrollo y el crecimiento humanos, incluyendo diferencias etarias y de género.
- Promover factores de resiliencia y tener conductas resilientes requieren diferentes estrategias.
- El nivel socioeconómico y la resiliencia no están relacionados.
- La resiliencia es diferente de los factores de riesgo y los factores de protección.
- La resiliencia puede ser medida; además es parte de la salud mental y la calidad de vida.

- Las diferencias culturales disminuyen cuando los adultos son capaces de valorar ideas nuevas y efectivas para el desarrollo humano.
- Prevención y promoción son algunos de los conceptos relacionados con la resiliencia.
- La resiliencia es un proceso: hay factores de resiliencia, comportamientos resilientes y resultados resilientes. (Grotberg, E, 2001 pp. 19 y 20)

Los enfoques y descubrimientos enunciados por Grotberg permiten advertir que la resiliencia es propia del desarrollo de los seres humanos, que no hay personas resilientes (“invulnerables”) y otras que no lo son. Que como otros constructos de validez general, admite peculiaridades por razones de edad y género de los sujetos o grupos en cuestión. Que tanto los factores de resiliencia como las conductas resilientes pueden promoverse si se apela a estrategias apropiadas. Que resiliencia y nivel socioeconómico no están causalmente correlacionados de manera directa. Que la resiliencia no es un simple resultado de una ecuación entre factores de riesgo y factores protectores. Que es mensurable y por lo tanto utilizable en estudios diagnósticos y epidemiológicos de salud mental y calidad de vida así como en la planificación, ejecución y evaluación de intervenciones en materia de políticas públicas y comunitarias. Que en ella el factor cultural tiene un lugar relevante. Que si bien opera en el campo de la prevención y la reducción de daños de ciertas enfermedades y otras calamidades sociales, resulta más solidaria con el modelo de promoción comprometido en la maximización del potencial y el bienestar de las personas en riesgo (lo cual, en el mundo actual, incluye, aunque por supuesto en diferente grado, prácticamente a todos los seres humanos). Que la resiliencia no es una “cualidad” ni un “estado inmutable” sino un proceso dinámico y esencialmente intersubjetivo.

Marco Teórico.

Buscar en el individuo o en el ambiente la capacidad resiliente resulta infructuoso. La resiliencia no está en los genes, de hecho no está. Emerge en inmanencia desde las acciones humanas entramadas en el lazo social, el desarrollo de la idea crítica, la creatividad puesta en acto y en juego. Siempre en vínculo, en ese espacio sin pertenencias que es el entre. (Antonelli, H y Girola, G. 2017. p.17)

El concepto de resiliencia aporta, en principio, una mayor comprensión, de base empírica, respecto a cuáles son los factores que protegen al sujeto, permitiéndole continuar un desarrollo vital sano, pese a condiciones, riesgos, agresiones, amenazas, que de manera crónica o situacional, se hallan presentes (y afectándolo incluso en grado traumático) en su ambiente humano, social y ecológico. En ese sentido Edith Grotberg (1997) identifica en niños y adolescentes factores de resiliencia de cuatro fuentes: “*yo tengo*” que implica el soporte social, “*yo puedo*” que se refiere a las habilidades interpersonales y para la resolución de problemas, “*yo soy*” y “*yo estoy*” que hace referencia a la fortaleza interna o desarrollo de la fuerza intrapsíquica. En la misma dirección se denominó como *pilares de la resiliencia* a ciertos atributos habitualmente presentes en sujetos considerados resilientes: autoestima consistente, introspección, independencia, capacidad de relacionarse, iniciativa, humor, creatividad, moralidad, pensamiento crítico.

Ampliando el enfoque hacia los agrupamientos humanos, Néstor Suárez Ojeda (2001) propone el concepto de resiliencia comunitaria e identifica como pilares de aquellas comunidades humanas que logran “metabolizar” resilientemente las adversidades a los siguientes: autoestima colectiva, identidad cultural, humor social y honestidad estatal.

Estos factores, pilares, fuentes de resiliencia, dan cuenta de un proceso multidimensional, necesariamente dinámico y complejo, que ha estado siempre presente en el devenir de la especie humana. Dilucidar los modos o mecanismos en que se “produce” resiliencia “naturalmente”, para su mejor aplicación en términos amplios de promoción de salud o desarrollo sano, es lo que orienta su abordaje creciente, desde diversos enfoques y corrientes en psicología, y en especial, en lo teórico, desde el psicoanálisis.

En este sentido, lo primero que emerge al considerar la dinámica de los mecanismos emocionales, cognitivos y socioculturales que influyen en el desarrollo humano es la problemática vincular, relacional, de interacción con el otro. Esta cuestión es tratada, a través diferentes enfoques y trabajos sobre resiliencia, refiriendo a temáticas que enfatizan desde una genérica relación del individuo con su contexto ambiental humano hasta la específica incidencia de los adultos significativos en la constitución misma de la subjetividad del niño pequeño. Es aquí donde nos parece útil apelar a la articulación con otro concepto, de creciente utilización en psicoanálisis: el de intersubjetividad. Coincidimos con Felipe Muller (2009 p.330) cuando señala que la intersubjetividad es un término amplio que en general alude al encuentro con el otro y que posee múltiples significados según la dimensión que se enfatice en esa experiencia con un otro. Pero a su vez este autor propone un modo de clarificar los significados del concepto de intersubjetividad según sus distintos usos:

El primero es el uso *generativo o constitutivo*, caracterizado por la emergencia o constitución de algún aspecto de la subjetividad a partir del encuentro con otros sujetos.

El segundo es el uso *categorial*. Del sustantivo “intersubjetividad” pasamos al adjetivo

“intersubjetivo” para hacer referencia a una categoría que agrupa un conjunto de teorías con ciertas características. El tercer uso es el descriptivo- relacional. En este caso la intersubjetividad señala un modo específico de relación con el otro, al entrar en contacto con otras “mentes”. Finalmente, el cuarto uso, es el que denomino específico. Aquí, la intersubjetividad se configura según la dimensión de la experiencia del encuentro con un otro que se enfatice en las distintas propuestas. (Muller. 2009 p. 331)

Analizar los factores, pilares o fuentes de resiliencia ya mencionados a la luz del concepto de intersubjetividad en sus diversos usos permitirá, entendemos, caracterizar mejor como operan esos procesos, de modo de poder nutrir teórica y metodológicamente aquellas instancias en que se procura deliberadamente promover resiliencia en función de variados dispositivos, modalidades y tipos de encuentro entre sujetos a nivel educativo, sanitario o comunitario.

DESARROLLO

Capítulo 1. Resiliencia e intersubjetividad.

La cuestión de lo relacional, del vínculo con el otro o de la intersubjetividad aparece, una y otra vez, como medular para la comprensión de la resiliencia en los abordajes teóricos (y como consustancial en cuanto a las posibilidades de aplicación de este constructo en diversos campos). Hemos decidido comenzar este desarrollo exponiendo los cuatro usos propuestos por Muller (2009) en relación a la intersubjetividad, por entender que permitirán una mayor claridad al explorar, caracterizar y profundizar en esta articulación. De algún modo proporcionan una suerte de matriz conceptual donde inscribir los aportes sobre esta cuestión que provienen del psicoanálisis y la psicología del desarrollo (y sus territorios en común), así como examinar, desde esta perspectiva, conceptos como los denominados pilares y tutores de resiliencia, temas estos que serán tratados en los capítulos subsiguientes.

Resiliencia e intersubjetividad en sus cuatro usos.

Intersubjetividad en su uso generativo o constitutivo.

La intersubjetividad en un sentido generativo o constitutivo sostiene que la subjetividad es posible a partir del encuentro con otras personas. El producto de esa interacción reconocimiento, internalización, identificación, adquisición de estructuras

psíquicas/mentales, etc. – da lugar a la conciencia de sí (Hegel o Mead) y por lo tanto al sujeto, a los procesos mentales superiores (Vygotsky), o a la formación misma de estructuras psíquicas (Freud). En este sentido, la totalidad del propio cuerpo psicoanalítico es una teoría intersubjetiva ya que, partiendo de Freud, el encuentro con los otros es central en la constitución del psiquismo.

Desde la filosofía encontramos el ejemplo clásico de las formas generativas o constitutivas de la intersubjetividad en Hegel. A partir de la lucha por el reconocimiento se produce la realidad humana, la conciencia de sí y, por lo tanto, el hombre. (Muller, 2009 p.334)

La conciencia de sí, el pensamiento y el habla, el ser persona en una cultura, las estructuras del psiquismo, se gestan y constituyen en el encuentro con el otro. La subjetividad es, primero, intersubjetividad. Solo puede comprenderse la resiliencia como producto y factor de procesos intersubjetivos.

Intersubjetividad en su uso categorial.

En la dimensión categorial, la palabra “intersubjetividad” se desplaza desde el lugar privilegiado de sustantivo para dar cuenta mayormente de la cualidad de una teoría. Aquí, la palabra adjetiva los sustantivos “metateoría”, “teoría”, “perspectiva”, “visión”, “campo” y “modelo”, entre otros. Se habla entonces de una perspectiva intersubjetiva, una teoría intersubjetiva, una visión intersubjetiva, o de lo intersubjetivo. (Muller, 2009. pp. 338-339)

En este sentido la resiliencia se inscribe con claridad en un campo que puede y debe ser abordado, tanto en lo teórico como en su aplicación práctica, desde una perspectiva intersubjetiva.

Intersubjetividad en su uso descriptivo relacional.

Según sus capacidades, un sujeto tiene distintas maneras de relacionarse con las otras personas. La palabra “intersubjetividad” puede ser utilizada para dar cuenta de un modo de relación particular, vinculado al desarrollo de ciertas capacidades relacionales. En estos casos la palabra deja el lugar del sustantivo, adoptando su forma adverbial. Desde

este lugar, da cuenta de un vínculo fuerte con el otro, en donde lo que se señala como aspecto central es la experiencia de relación con un agente capaz de estados intencionales. En estos casos podemos decir que nos relacionamos “intersubjetivamente” con el otro. (Muller, 2009. pp. 340-341)

El uso descriptivo-relacional de la intersubjetividad ha tenido una importancia fundamental en la psicología del desarrollo y el psicoanálisis al establecer las diferencias entre una relación recíproca sujeto-objeto entre dos individuos, respecto de la relación sujeto-sujeto, desde muy temprana edad y a lo largo de la vida. De allí surgieron las elaboraciones que permiten comprender qué tipo de relaciones efectivamente “producen” resiliencia. Y adquiere particular relevancia, como se verá más adelante, cuando de “promover” resiliencia se trata en los campos de la educación y la salud.

Intersubjetividad en su uso específico.

Por último, quiero presentar un cuarto uso del término que llamaré específico. Éste consiste en muchos casos en la forma específica que toma el uso denominado generativo o constitutivo. Es posible una articulación más específica del uso generativo del concepto tomando como eje a las distintas dimensiones del encuentro con el otro que suelen enfatizar las distintas propuestas intersubjetivas. (...) Un planteo dimensional recorta ciertos aspectos de un mismo fenómeno, en donde se reflejan a su vez la totalidad de las dimensiones. Al enfatizar una de ellas, se obtiene una mejor comprensión de un aspecto o característica particular del encuentro con el otro. (...). Mi propuesta se centra en el reconocimiento, el espacio “entre”, la alteridad, la acción, el tercero y el lenguaje como dimensiones posibles del encuentro entre sujetos. (Muller, 2009. pp.343-344).

Algunos de los recortes dimensionales propuestos por Muller (pensando en la intersubjetividad en psicoanálisis) resultan particularmente provechosos para la articulación entre resiliencia e intersubjetividad: el reconocimiento, entendido no solo como de los otros hacia uno, sino también como reconocimiento mutuo; el espacio “entre”, como campo común del que participan los sujetos; la alteridad del encuentro con el otro en tanto otro; la “puesta en acto” o enactment como acción dirigida a influenciar a un otro implícito en la interacción.

Capítulo 2. Resiliencia e intersubjetividad desde el psicoanálisis.

Un dato crucial con relación a la resiliencia es su emergencia como resultado de una *interacción*, es decir, es algo que ocurre a partir de la relación de un sujeto con su entorno humano. Por lo tanto es importante revisar, desde el punto de vista psicológico, cuál es el rol que desempeña la relación con el otro en el desarrollo del sistema psíquico humano. Y la respuesta es taxativa: sin ella el niño no ingresa a su condición de *ser humano*. El bebe humano necesita, en primer lugar, ser reconfortado, “contenido” por los brazos de su madre, contactado por un cuerpo cálido y suave, mecido y envuelto por olores y ruidos familiares. Desde un punto de vista psicoanalítico, estos registros corporales son la base de la constitución del yo del sujeto: las emociones de placer y displacer van generando impresiones que modularán la relación del niño con su ambiente. Luego empieza a buscar la mirada del otro y espera ser mirado. La mirada de la madre y el padre son el primer espejo en el cual el niño se ve: esas miradas introducen al niño a su existencia humana. De la positividad de esa especularización depende el desarrollo de la autoestima del niño en un proceso normal de narcisización. Estas operaciones psíquicas particulares mediante las cuales el psiquismo humano queda impregnado del otro humano, producen verdaderas precipitaciones en él, de rasgos, imágenes y formas tomadas del otro. El yo del sujeto se constituye como un precipitado del mundo interhumano; en otras palabras, es una formación interna que tiene su origen en privilegiadas percepciones provenientes del mundo humano. Estos procesos (conocidos como identificación, introyección, fase del espejo, imitación) han sido ampliamente confirmados por la observación de las conductas normales y/o psicopatológicas de los sujetos. (Melillo, 2001. pp. 92-93)

Mirar y ser mirado, tocar y ser tocado, emociones de placer y displacer...un yo constituyéndose. ¿Se trata simplemente de relaciones objetales que interactúan recíproca pero asimétricamente? ¿Acaso podemos encontrar, tan tempranamente, los rasgos de una intersubjetividad en ciernes? Al respecto, afirma el psicoanalista y psicólogo del desarrollo Stern (1991):

Durante el período de los tres a los cinco meses, las madres ceden al infante el control (o, más bien, el infante asume el control) de la iniciación y terminación de la participación visual directa en las actividades sociales. (...) Cuando se observan las pautas de mirada de madre e infante durante este período de la vida, se está observando a dos personas que tienen una facilidad y un control casi iguales respecto de la misma conducta social. A esta luz, resulta obvio que los infantes ejercen un control importante de la iniciación, el mantenimiento, la terminación y la evitación del contacto social con la madre; en otras palabras, ellos ayudan a regular la participación. Además, al controlar la dirección de su mirada, regulan la cantidad y el nivel de estimulación a la que están sometidos. Pueden desviar la mirada, cerrar los ojos, mirar fijamente o absortos. Y por medio del empleo decisivo de tales conductas de mirada, puede verse que rechazan, se distancian o defienden de su madre. (...) También pueden reiniciar la participación y el contacto cuando lo desean a través de la mirada, la sonrisa y la vocalización. (pp. 38-39)

Stern aclara aquí que estas consideraciones se refieren a cualquier díada de infante y cuidador primario y no exclusivamente a la que integra con la madre. Nos interesa resaltar la utilización que el autor hace del concepto de participación y del rol activo, proactivo y regulador del bebé en ella. Participar implica compartir, ser parte de un todo, un campo, un vínculo, con un carácter que no es asimilable al de simple objeto. Más aún, se pregunta Stern: "Por qué, entonces, no habríamos de considerar el período que va de los tres a los seis meses como fase específica del rasgo de la autonomía y la independencia, tanto desplegadas en la conducta abierta como experimentadas subjetivamente?". La fase siguiente, que Stern denomina como formativa del sentido del sí-mismo subjetivo y de relacionamiento intersubjetivo tiene su emergencia entre el séptimo y el noveno mes. Una vez más se trata de compartir, de participar intersubjetivamente. Sin la mediación todavía del lenguaje, el bebé es capaz de compartir la atención, intenciones y estados afectivos. La realiza mediante conductas observables siempre en relación con el otro, con el cuidador primario. Es la puesta en acto de la intersubjetividad a través de la interatencionalidad, la interintencionalidad y la interafectividad. Se trata aquí, entonces de la progresiva constitución de un psiquismo singular y de una subjetividad en el marco de la interacción con...otro sujeto.

Tanto en la psicología como en el psicoanálisis, aunque la madre ha sido diversamente caracterizada de acuerdo a distintas teorías, nunca fue un sujeto en sí mismo. Ha sido, en palabras de Benjamín, el objeto de apego, el objeto de deseo, el objeto especular, el

otro significativo, una frustradora óptima, etc. Benjamín (1988) enfatiza el carácter de sujeto de la madre en la experiencia con el niño, lo cual tiene un impacto en la constitución del psiquismo del bebé: "... la madre real no es simplemente un objeto de las necesidades y las demandas del niño; ella es, de hecho, otro sujeto cuyo centro independiente debe estar por fuera del niño si ella va a garantizarle el reconocimiento que él busca". (Muller, 2009. pp.342-342)

Es que, efectivamente, y aunque Winnicott no lo denomine así, no puede comprenderse el concepto de madre suficientemente buena por fuera del marco de un espacio entre sujetos, de un modo intersubjetivo de vincularse.

Un niño no tiene la menor posibilidad de pasar del principio del placer al de realidad, o a la identificación primaria y más allá de ella (véase Freud, 1923), si no existe una madre lo bastante buena. La "madre" lo bastante buena (que no tiene por qué ser la del niño) es la que lleva a cabo la adaptación activa a las necesidades de este y que la disminuye poco a poco, según la creciente capacidad del niño para hacer frente al fracaso en materia de adaptación y para tolerar los resultados de la frustración. Por supuesto, es más probable que su propia madre sea mejor que cualquier otra persona, ya que dicha adaptación activa exige una preocupación tranquila y tolerada respecto del bebé; en rigor, el éxito en el cuidado de este depende de la devoción, no de la inteligencia o de la ilustración intelectual. Como dije, la madre bastante buena comienza con una adaptación casi total a las necesidades de su hijo, y a medida que pasa el tiempo se adapta poco a poco, en forma cada vez menos completa, en consonancia con la creciente capacidad de su hijo para encarar ese retroceso. (Winnicott, 2015. pp.27-28).

Resulta evidente que Winnicott alude a un espacio entre sujetos cuando se refiere a los fenómenos y objetos transicionales, carácter intersubjetivo que quedará más claro aún en el modo en que dicho autor describe el paso de la relación de objeto al uso de objeto en la interacción del niño con su madre.

Este proceso sistemáticamente intersubjetivo es inherente a la totalidad de la constitución identitaria psicofísica del sujeto en el contexto espacio-temporal (histórico) que por lo general comienza en el núcleo familiar.

El comportamiento del niño y el del otro (progenitores y cuidadores en general) conforman un *sistema*; la conciencia del cuerpo propio y la del otro cesará de ser un caos solo por el *reconocimiento identificador recíproco*. El hijo hace al padre como éste hace al hijo, da su nombre (de padre) por la función que el hijo instituyó en él. Todo esto sólo es posible -es decir, el advenimiento de la historia en la singularidad de la filiación y la identidad- si previamente ha habido esa experiencia del prójimo, que pasa del sostén de un esquema postural a un esquema del cuerpo propio y una representación de sí mismo correlativa con una representación del otro. Experiencia en la cual espacio e imagen sensible se temporalizan. (Galende, 2004. pp. 32-33)

Incluso el origen mismo de este Yo propio que se moldea por medio de identificaciones no es sin el otro. Este Yo mismo es creado por identificaciones, pero se trata de una identificación más primaria, inmediata que no resulta de una investidura de objeto. Esta es justamente la identificación primaria (Freud, 1923). Cuando ya hay un Yo más constituido que se moldea por identificaciones resultantes de investir al otro (los objetos), hablamos de identificación secundaria en la conformación del Yo-Superyó. Un poco más tarde Freud nos explica que el Superyó, agencia representante de los vínculos parentales, es consecuencia directa del complejo de Edipo (Freud, 1923). (Muller, 2009. p.337)

Pero el entramado intersubjetivo en el que se irá produciendo la individuación, la propia constitución de cada sujeto, su devenir más o menos saludable, su radical singularidad, excede largamente, aunque los inscribe y condiciona, los vínculos parentales o familiares primarios.

La subjetividad solo puede reconstruirse "post facto", es decir, comprendiendo los sistemas de producción de subjetividad y deslindándolos (familia, escuela, valores sociales, etcétera), para luego aprehender las relaciones entre ellos. De este modo podemos acceder a las relaciones de los complejos (Edipo y Castración, básicamente), entre la conformación de las zonas erógenas y las dominancias de las organizaciones

libidinales, entre las diversas modalidades de relación de objeto en el proceso de conformación de lo que llamamos identidad individual, a la vez que nos situamos en referencia a los sistemas instituidos de producción de subjetividad: las modalidades de vínculos de familia, las instituciones de la pedagogía, los valores sociales y formas dominantes de relación social, las particularidades culturales, o las mismas formas del Estado y la organización de lo público. (Galende, 2004, pp. 39-40)

Es esa vasta trama donde se entreteje familia, sociedad y cultura el que provee las circunstancias de la vida de cada sujeto, esos hechos, sucesos y procesos que podrán o no afectarlo con resultado más o menos traumático y patológico. El psicoanálisis ha hecho importantes aportes para comprender como opera allí la resiliencia. Y para diferenciarla de quienes la asimilan a una simple “elasticidad”. En este sentido Melillo (2004, p.70) retoma el concepto de oxímoron de Boris Cyrulnik (2001):

El oxímoron revela el contraste de aquel que, al recibir un gran golpe, se adapta dividiéndose. La parte la persona que ha recibido el golpe sufre y produce necrosis, mientras que otra parte mejor protegida, aún sana pero más secreta, reúne, con la energía que puede dar la desesperación, todo lo que puede seguir dando un poco de felicidad y sentido a la vida.

Melillo (2004) sugiere que el concepto de oxímoron es equiparable al concepto freudiano (descrito inicialmente en el caso del fetichismo) de escisión del yo en el proceso defensivo frente al trauma psíquico de la amenaza de castración, cuando “el sujeto se escinde para poder continuar la satisfacción de sus pulsiones por una parte (un poco de felicidad y sentido de la vida) mientras a otro nivel sufre la continua acción de la amenaza recibida que sabe real y posible”. (p.71). Esto permite aproximarse a algunas cuestiones para comprender la articulación entre resiliencia e intersubjetividad desde la perspectiva psicoanalítica.

(...) la resiliencia no supone nunca un retorno *ad integrum* a un estado anterior a la ocurrencia del trauma o la situación de adversidad: *ya nada es lo mismo*.

La escisión del yo no se sutura, permanece en el sujeto compensada por los recursos yoicos que se enuncian como pilares de la resiliencia: *autoestima consistente, independencia, capacidad de relacionarse, sentido del humor, moralidad, creatividad,*

iniciativa y capacidad de pensamiento crítico.

(...) Cuando en la historia del sujeto un hecho exterior le inflige una herida, ésta impregna el cuerpo y la memoria. El oxímoron se vuelve característico de la personalidad herida pero resistente, que porta su parte sufriente pero puede ser feliz a pesar de todo. Describe una patología del vínculo del sujeto con el mundo, vínculo que habrá que restablecer; para ello, un otro humano es indispensable. (p.71)

(...) En el caso de la segunda tópica, la clásica consideración del yo como instancia que debe “pilotear” las relaciones del sujeto con sus deseos conscientes e inconscientes, con los requerimientos de su conciencia moral (superyó) y de sus ideales (ideal del yo) y con los del mundo interno, es decir la relación con su entorno, pone en evidencia los beneficios de estimular los pilares de la resiliencia, clara e íntimamente ligados a las capacidades del yo. (p.72)

Consideramos acertada la asimilación de los pilares de la resiliencia con aquellos recursos yoicos que le permiten al sujeto (compensando la herida que no se sutura), “pilotear exitosamente” el interjuego dinámico de la totalidad del aparato psíquico, para poder continuar su desarrollo vital *frente a, a pesar de*, y en alguna medida también, *a partir de* la adversidad o el trauma. Es en relación a esto último, el “a partir de”, que la resiliencia también ha sido considerada en la indagación psicoanalítica desde enfoques más recientes que han permitido ampliar y profundizar la elaboración teórica. En este sentido Zuckerfeld (2002) propone, ya en el marco de una tercera tópica:

(Una) perspectiva metapsicológica en la que la resiliencia puede entenderse como la expresión de la *fluidez* (en contraposición a cristalización) del aparato psíquico que permite desarrollar procesos terciarios [...] entendiendo éstos como la implicación de procesos primarios y secundarios que capturan y otorgan sentido a lo escindido, resultado de lo traumático. Es decir que el sujeto cualifica y *crea* donde sólo hubo magnitudes, mecanismo que debe diferenciarse del de la resignificación. Esto implica sostener que el aparato psíquico posee un potencial *descifrador-hermenéutico* descubierto por Freud, pero también un potencial *creador-heurístico* de valor decisivo para cualquier acción transformadora. Este potencial sólo podría manifestarse en el entramado intersubjetivo de cuyas características dependerá la mayor vulnerabilidad

(trauma exitoso) o resiliencia (trauma transformador) de un sujeto (en Melillo, 2004 p. 72)
El trauma puede ser el punto de partida de una estructura neurótica o psicótica, pero también un punto de llegada en cuanto a generar una estructura defensiva fuerte y útil. La construcción del sistema psíquico incluye, y no como algo accesorio, el sistema de las defensas del yo. La resiliencia se teje: no hay que buscarla sólo en la interioridad de la persona ni en su entorno, sino entre los dos, porque anuda constantemente un proceso íntimo con el entorno social. (Melillo, 2004, pp.71-72)

Ahondaremos en capítulos siguientes las cuestiones que hacen a la dimensión intersubjetiva en cuanto a los factores y pilares de la resiliencia específicamente. Entendemos, hasta aquí, haber brindado elementos que nos permiten compartir, a modo de síntesis, lo siguiente:

Freud afirmaba que el largo camino del psicoanálisis se debía a lo difícil que puede ser cambiar las circunstancias del sujeto. Si esto fuera posible, se podría ahorrar tan prolongado esfuerzo. Pues bien, el desarrollo de la resiliencia requiere justamente un cambio en las circunstancias del sujeto, si se le permite contar con el auxilio de un otro humano que genera y/o estimula las cualidades de su yo, favoreciendo sus defensas y su capacidad de sublimación. Si el mundo externo produjo una implosión traumática en el sujeto, el auxilio exterior de un otro puede restituir la capacidad de recuperar el curso de la existencia. (Melillo, 2004, p. 74)

Capítulo 3. Resiliencia e intersubjetividad desde la psicología del desarrollo.

Stern y el mundo interpersonal del infante.

¿Dónde podemos empezar a inventar la experiencia subjetiva que tiene el infante de su propia vida social? Mi plan es comenzar ubicando el sentido del sí-mismo en el centro

mismo de la indagación. El sí-mismo y sus límites están en el corazón de la especulación filosófica sobre la naturaleza humana, y el sentido del sí-mismo y su contraparte, el sentido del otro, son fenómenos universales que influyen profundamente en todas nuestras experiencias sociales. Si bien no hay dos personas que se pongan de acuerdo sobre lo que es, como adultos tenemos un sentido muy real del sí-mismo que impregna cotidianamente la experiencia social. Es un fenómeno que aparece en formas múltiples. Está el sentido de un sí-mismo que es un cuerpo único, distinto, integrado; está el agente de las acciones, el experimentador de los sentimientos, el que se propone intenciones, el arquitecto de planes, el que traspone la experiencia al lenguaje, el que comunica y participa el conocimiento personal. Por lo general estos sentidos del sí-mismo están fuera de nuestra percepción consciente (como la respiración), pero pueden ser llevados a la conciencia y mantenidos en ella. Instintivamente procesamos nuestras experiencias de un modo tal que parecen pertenecer a algún tipo de organización subjetiva única que comúnmente denominamos sentido del sí-mismo. (Stern, 1991. pp.16-17)

El concepto de sentido del sí-mismo, como lo formula y utiliza aquí Stern, integrando saberes del psicoanálisis y la psicología del desarrollo tiene dos importantes ventajas para este trabajo: la primera, que unifica los aspectos afectivos y cognitivos que muchas veces se analizan o estudian por separado; la segunda, que ubica a la intersubjetividad en su uso generativo o constitutivo y en sus diversas dimensiones, desde los comienzos mismos del ciclo vital, de un modo que permite proyectar sus implicancias a lo largo de la vida y en la singularidad de cada sujeto y su interacción con el entorno social.

Me interesan sobre todo los sentidos del sí -mismo esenciales para las interacciones sociales cotidianas, y no para los encuentros con el mundo inanimado. Por lo tanto me centraré en los sentidos del sí-mismo que si son severamente dañados quiebran el funcionamiento social normal y es probable que lleven a la locura o a un gran déficit social. Entre tales sentidos del sí-mismo se cuentan: el sentido de agencia (o condición de agente; sin ese sentido puede haber parálisis, sensación de enajenamiento de la propia acción, experiencia de pérdida de control de los agentes externos); el sentido de la cohesión física (sin el cual puede haber fragmentación de la experiencia corporal, despersonalización, experiencias extra-corpóreas, desrealización); el sentido de la

continuidad (cuya ausencia origina disociación temporal, estados de fuga, amnesias, no "seguir siendo" [going on being], según la expresión de Winnicott); el sentido de la afectividad (su falta da lugar a anhedonia, estados, disociados); el sentido de un sí-mismo subjetivo que puede lograr la intersubjetividad con otro (y si no existe hay soledad cósmica o, en el otro extremo, transparencia psíquica); el sentido de crear organización (sin él puede haber caos psíquico); el sentido de transmitir significado (necesario para que no haya exclusión de la cultura, poca socialización y ninguna validación del conocimiento personal). En síntesis, estos sentidos del sí-mismo establecen los cimientos de la experiencia subjetiva del desarrollo social, normal y anormal (Stern, 1991. p.18),

Resulta evidente, y se profundizará en ello más adelante, que los sentidos del sí-mismo aquí presentados guardan una estrecha similitud con los que se denominan pilares de la resiliencia (autoestima consistente, independencia, capacidad de relacionarse, introspección, iniciativa, creatividad, entre otros) a los que los aportes de Stern otorgan una consistente fundamentación teórica.

Pero además ubica el mejor desarrollo o el eventual deterioro de esos sentidos del sí-mismo como factores determinantes en el proceso de salud-enfermedad, en el ser "normal o anormal" de cada sujeto, en su posibilidad de ir siendo más o menos resiliente frente a las contingencias de la vida, podríamos decir de otro modo. La intersubjetividad juega un papel en ello muy tempranamente, tal como Stern describe sintéticamente respecto a lo que ocurre el primer año y medio de vida del infante:

Al surgir nuevas conductas y capacidades, se reorganizan para formar perspectivas subjetivas organizadoras del sí-mismo y el otro. El resultado es la emergencia, en saltos cuánticos, de diferentes sentidos del sí-mismo, que aquí bosquejaremos brevemente. (...) Por un lado, está el sí-mismo físico experimentado como una entidad física coherente, volitiva, con una historia y una vida afectiva únicas que le pertenecen. Este sí-mismo en general opera fuera de la percatación. Se da por sentado, e incluso resulta difícil verbalizar acerca de él. Es un sentido experiencial del sí-mismo que yo denomino sentido de un sí-mismo nuclear. El sentido de un sí-mismo nuclear es una perspectiva que reposa en el funcionamiento de múltiples capacidades interpersonales. Y cuando

esta perspectiva se forma, el mundo social subjetivo se ve alterado y la experiencia interpersonal opera en un dominio diferente, un dominio de relacionamiento nuclear. Tal transformación o creación evolutiva se produce en algún momento entre el segundo y el sexto meses de vida, cuando los infantes sienten que están físicamente separados de la madre, son agentes diferentes de ella, tienen distintas experiencias afectivas e historias separadas. (...)

Esta es sólo una de las perspectivas subjetivas organizadoras posibles acerca del sí-mismo y el otro. En algún momento entre el séptimo y el noveno mes de vida, el bebé empieza a desarrollar una segunda perspectiva subjetiva organizadora. Esto sucede cuando "descubre" que hay otras mentes allí afuera, además de la propia. El sí-mismo y el otro ya no son sólo entidades nucleares de presencia, acción, afecto y continuidad físicos. Incluyen ahora los estados mentales subjetivos (sentimientos, motivos, intenciones) que están detrás de los acontecimientos físicos del dominio del relacionamiento nuclear. La nueva perspectiva subjetiva organizadora define un sí-mismo cualitativamente diferente, y un otro que puede "retener en la mente" estados mentales invisibles pero inferibles, como por ejemplo las intenciones y los afectos, que guían la conducta abierta. Esos estados mentales se convierten ahora en contenidos de la relación. Este nuevo sentido de un sí-mismo subjetivo abre la posibilidad de la intersubjetividad entre el infante y los padres y opera en un nuevo dominio de relacionamiento—el dominio del relacionamiento intersubjetivo— que representa un salto cuántico respecto del dominio del relacionamiento nuclear. Los estados mentales de distintas personas pueden ahora "interpretarse" o "leerse", aparearse o formar pareja, alinearse o entonarse (o bien malinterpretarse, no hacer juego, no estar alineados, desentonar). La naturaleza del relacionamiento se ha ampliado espectacularmente. Es importante observar que el dominio del relacionamiento intersubjetivo, lo mismo que el del relacionamiento nuclear, sigue fuera de la percatación, y tampoco puede traducirse verbalmente. De hecho, la experiencia del relacionamiento intersubjetivo, como la del relacionamiento nuclear, sólo puede ser aludida; no es realmente posible describirla (aunque los poetas pueden evocarla) (...) El sentido de un sí-mismo y un otro subjetivos

reposa en aptitudes diferentes de las necesarias para un sentido del sí-mismo nuclear. Entre ellas se cuentan la capacidad para compartir un foco en común de atención, al de atribuir intenciones y motivos a los otros y aprehenderlos correctamente, y la de atribuir a otros estados afectivos, y sentir si son o no congruentes con el propio estado afectivo.

Vale la pena destacar aquí nuevamente, por su importancia ulterior en este trabajo, algunas cuestiones en cuanto al “salto cuántico” que ocurre entre el séptimo y el noveno mes del bebé y que da lugar al sentido del sí-mismo subjetivo, que opera en el dominio de relacionamiento intersubjetivo. Nos referimos a la posibilidad, por supuesto inconsciente y todavía pre-verbal, de compartir con el otro el foco de atención, la intencionalidad y los estados afectivos. Articular resiliencia e intersubjetividad sólo es posible a partir de comprender como operan conjuntamente la interatencionalidad, la interintencionalidad y la interafectividad. Y tendrá una importancia central a la hora de imaginar acciones que promuevan resiliencia, más aún teniendo en cuenta que permanecerán luego, potenciados y complejizados, en el dominio del relacionamiento verbal.

En torno de los quince a dieciocho meses, el infante desarrolla una tercera perspectiva subjetiva organizadora sobre el sí-mismo y el otro, a saber: el sentido de que el sí-mismo (y el otro) tienen un almacén de conocimientos y experiencias personales del mundo ("Sé que hay jugo en la heladera, y sé que tengo sed"). Además, este conocimiento puede objetivarse y traducirse en símbolos que transmiten los significados que han de comunicarse, compartirse e incluso crearse mediante la negociación recíproca que permite el lenguaje. En cuanto el lenguaje puede crear significados compartibles sobre el sí-mismo y el mundo, se constituye un sentido de un sí-mismo verbal que opera en el dominio del relacionamiento verbal. Este es un dominio cualitativamente nuevo, con posibilidades en expansión casi ilimitadas para los sucesos interpersonales. Una vez más, este nuevo sentido del sí-mismo reposa en un nuevo conjunto de aptitudes: para objetivar el sí-mismo, para la autorreflexión, para comprender y producir lenguaje. (Stern, 1991. pp. 44-46)

Como todos los sentidos del sí-mismo, una vez formados, siguen siendo procesos subjetivos activos y en crecimiento durante toda la vida, cualquiera de ellos es vulnerable a deformaciones que pueden producirse en cualquier punto de la vida. De modo análogo, puesto que rasgos vitales como la autonomía o el control subsisten durante todo el curso

de la vida, también ellos son vulnerables en cualquier punto de la vida. (Stern, 1991 p.217)

Estos sentidos del sí-mismo emergente, nuclear, subjetivo y verbal se suceden generativamente pero una vez constituidos permanecen en el psiquismo del sujeto y van adquiriendo mayor o menor peso relativo a lo largo de un desarrollo vital más o menos saludable y pleno, frente a "los apremios de la vida", y en la posibilidad de continuar adelante tras padecer eventos traumáticos de diverso tipo, es decir, de ser una y otra vez resiliente, siempre en y a partir del entramado social intersubjetivo.

Vigotski y la intersubjetividad.

Sin duda fue Lev Vigotski un trascendental pionero en el uso generativo-constitutivo de la intersubjetividad al formular la ley general del desarrollo de las funciones psíquicas superiores en 1931:

Un proceso interpersonal queda transformado en otro intrapersonal. En el desarrollo cultural del niño, toda función aparece dos veces: primero, en un nivel social, y más tarde en un nivel individual; primero entre personas (interpsicológica), y después en el interior del propio niño (intrapsicológica). Esto puede aplicarse igualmente a la atención voluntaria, a la memoria lógica y a la formación de conceptos. Todas las funciones superiores se originan como relaciones entre seres humanos

Así lo reafirmará en su obra *Pensamiento y Habla*, en fecundo debate teórico y experimental con Jean Piaget, entre otros.

De acuerdo con la teoría contraria, el habla egocéntrica del niño es uno de los fenómenos de transición de las funciones interpsíquicas a las intrapsíquicas, es decir, de las formas de actividad social y colectiva del niño a sus funciones individuales. Como hemos demostrado en otros trabajos (Vigotski, 1931, p. 483 y ss.) esta transición representa una ley general del desarrollo de todas las funciones psíquicas superiores, surgidas inicialmente como formas de actividad en colaboración y solo luego trasladadas por el niño a la esfera de su forma psicológica de actividad. El habla para sí surge mediante la diferenciación de la función inicialmente social del habla para otros. El principal camino del desarrollo infantil no es la paulatina socialización del niño desde fuera, sino la

paulatina individualización surgida sobre la base de su socialización interna. (Vigotski, 2012, pp. 457-458)

Pero así como lenguaje y pensamiento comparten indisolublemente esa matriz generativa social, interpersonal, intersubjetiva en el desarrollo del niño, éstos y otros procesos psicológicos superiores son también indisociables de la dimensión afectiva. Esta cuestión, que tan claro dejó Vigotski, y que muchas veces se da por sentado y obvio, resulta vital en cuanto a la resiliencia, para evitar el riesgo de limitarla, como frecuentemente ocurre, a su dimensión emocional o afectiva.

Cuando se separa el pensamiento del afecto se cierra a sí mismo el camino para llegar a una explicación de sus causas porque un análisis determinista del pensamiento supone necesariamente revelar los motivos que lo movilizan (las necesidades, los intereses, los impulsos, las tendencias) y que dirigen sus movimientos en uno u otro sentido. (...) La separación del aspecto intelectual de nuestra conciencia de su aspecto afectivo y volitivo constituye uno de los defectos básicos y radicales de toda la tradición psicológica. (Vigotski, 2012, p. 25)

Con el siguiente párrafo culmina Vigotski esta gran obra editada en ruso casi en coincidencia con su fallecimiento:

Si la conciencia que siente y piensa dispone de diferentes maneras de reflejar la realidad, entonces tales maneras representan distintos tipos de conciencia. Por eso el pensamiento y el habla son la clave para comprender la naturaleza de la conciencia humana. (...) Las investigaciones empíricas muestran a cada paso que la palabra representa un rol central en la totalidad de la conciencia, no en sus funciones aisladas. La palabra representa en la conciencia lo que, según la expresión de Feuerbach, es absolutamente imposible para una persona y posible para dos. Es la expresión más directa de la naturaleza histórica de la conciencia humana.

La conciencia se refleja en la palabra como el sol en una pequeña gota de agua. La palabra es a la conciencia lo que un mundo pequeño es a uno grande, lo que una célula viva a un organismo, lo que un átomo al universo. Es el pequeño mundo de la conciencia.

Una palabra con sentido es el microcosmos de la conciencia humana. (Vigotski, 2012, p.515)

Sentir, pensar, y todas las dimensiones de la conciencia (y si son todas, dialécticamente se debe incluir a lo que ocasional o relativamente está fuera de ella) operan a través del lenguaje, del habla, de la palabra. ¿Qué papel juega la intersubjetividad (y la resiliencia) en ello? Que “lo que es absolutamente imposible para una persona” sea “posible para dos”.

Bruner y la intersubjetividad en la filogénesis.

Jerome Bruner dedicó casi ochenta de sus cien años de vida al estudio, la investigación y la docencia en Psicología y nos legó una prolífica obra en la que abarcó campos diversos a los que abordó tanto desde una perspectiva teórica como aplicada. Resulta significativa la elección temática que realiza para el último capítulo de su libro La educación, puerta de la cultura, al que justamente denomina “El próximo capítulo de la psicología” y que consta de dos partes: la primera, titulada El estudio del hombre y la segunda, ¡El desafío de la intersubjetividad!

Al comentar sobre la mente humana enculturada, propuse dos formas de considerar el cambio del funcionamiento simbólico primate al humano. La primera enfatizaba la capacidad humana individual para captar relaciones simbólicas de representación» a través de un código simbólico arbitrario. La segunda perspectiva era más transaccional, más «intersubjetiva» y centrada en cómo los humanos desarrollaban la capacidad para leer los pensamientos, intenciones, creencias y estados mentales de los miembros de su especie en una cultura. Pues la evolución humana está marcada precisamente por ese desarrollo. Está magníficamente facilitada por el crecimiento continuado de redes de expectativas mutuas; la marca de los seres humanos enculturados que viven en comunidades. Estas redes están en parte constituidas y, en cualquier caso, son profundamente amplificadas, por el uso de un lenguaje común y un cuerpo de tradiciones que estabilizan e institucionalizan las expectativas mutuas.

Mi intención ahora es explorar la emergencia de la intersubjetividad en nuestra especie, tanto filogenética como ontogenéticamente (Bruner, 2012, p.319-320)

Bruner realizó esa exploración sobre la emergencia de la intersubjetividad en un recorrido

articulador de autores e investigaciones ya clásicas como contemporáneas, y “lo que resultó fue una convergencia de trabajo sobre la mente del bebé, sobre el autismo, sobre las teorías infantiles en desarrollo de cómo funcionan otras mentes y sobre la enculturación de los chimpancés”. El resultado de esas investigaciones concurrentes, plantea Bruner, no deja dudas sobre el papel crucial que desempeña la capacidad humana para la intersubjetividad, tanto ontogénica como filogenéticamente.

Y con esto terminaré. Voy a poner mi conclusión en pocas palabras. Si la psicología quiere avanzar en la comprensión de la naturaleza humana y la condición humana, tiene que aprender a comprender la sutil acción recíproca de la biología y la cultura. Es probable que la cultura sea el último truco evolutivo de la biología. Permite al Homo sapiens construir un mundo simbólico suficientemente flexible como para satisfacer sus necesidades locales y para adaptarse a una miríada de circunstancias ecológicas. He intentado mostrar cuán crucial es la capacidad del hombre para la intersubjetividad en esta adaptación cultural. Al hacerlo, espero haber dejado claro que, aunque el mundo de la cultura ha logrado una autonomía propia, está restringido por límites biológicos y predisposiciones determinadas biológicamente. Así que el dilema en el estudio del hombre no es solo captar los principios causales de su biología y su evolución, sino también entenderlos a la luz de los procesos interpretativos implicados en la creación de significado. Quitar de en medio las restricciones biológicas sobre el funcionamiento humano es cometer un exceso de arrogancia. Despreciar el poder de la cultura para conformar la mente humana y abandonar nuestros esfuerzos por poner ese poder bajo control humano es cometer un suicidio moral. Una psicología bien forjada nos puede ayudar a evitar estos dos desastres. (Bruner, 2012. p.334-335).

Hasta aquí Bruner clarifica básicamente el papel central de la intersubjetividad en la evolución cultural de la especie humana, y aunque un análisis más detallado excede las posibilidades y alcances de este trabajo, entendemos que resultan pertinentes señalar dos vías de articulación, a su vez, con el concepto de resiliencia y su aplicación, que serán retomadas en el último capítulo. La primera se refiere a la resiliencia comunitaria, que no puede entenderse ni promoverse fuera del “crecimiento continuado de redes de expectativas mutuas; la marca de los seres humanos que viven en comunidades”. Y la segunda, al ámbito de lo educativo, lugar privilegiado donde

cultura, filogénesis y ontogénesis se entrecruzan en cada contexto histórico. En este caso, los aportes directos y concretos de Bruner resultan imprescindibles para la articulación de resiliencia e intersubjetividad en la mejora de la calidad de la educación y su adaptación a las realidades sociales contemporáneas.

Capítulo 4: Factores, pilares y tutores de la resiliencia e intersubjetividad.

Factores y pilares de la resiliencia

Que la resiliencia no es una “cualidad” ni un “estado inmutable” sino un proceso dinámico y esencialmente intersubjetivo estaba ya claro desde los comienzos de su formulación, como lo demuestra el hecho de que los cuatro factores de resiliencia que identifica Grotberg (1997) aluden a un yo en relación con otros: *Yo tengo* personas que me quieren incondicionalmente, que me ponen límites, que me ayudan a crecer, que me enseñan con su ejemplo. *Yo soy* alguien a quienes los demás quieren y valoran como yo a ellos y me hace sentir bien tenerlos en cuenta. *Yo estoy* dispuesto a responsabilizarme de mis actos (que siempre involucran a otros). *Yo puedo* expresarme, controlarme, buscar ayuda. También estaba claro, por lo tanto, que este proceso intersubjetivo puede ser orientado en el sentido de generar factores resilientes y provocar resultados resilientes. Y así comenzaron a multiplicarse las intervenciones sociales, educativas y sanitarias que a diversa escala, por efectos tanto públicos como comunitarios y privados o no gubernamentales, perseguían el objetivo de promover resiliencia, especialmente en niños, adolescentes o poblaciones en general afectadas por condiciones adversas, de pobreza o en situación de catástrofe. Es en ese marco y con esos objetivos que en 1998 la Organización Panamericana de la Salud (OPS) publicó el Manual para la identificación y promoción de la adolescencia en niños y adolescentes, tan sólo un año después de haber publicado su Estado del arte en resiliencia, que justamente nutre y motoriza aquel Manual. Fue justamente allí que Grotberg acuñó esas expresiones coloquiales de los niños: “yo tengo”, “yo soy”, “yo estoy”, “yo puedo”, presentes en las expresiones verbales de niños con características resilientes, y que resultaron de utilidad, justamente por su carácter coloquial, para la preparación de materiales didácticos y actividades formativas de los operadores sociales y padres de los niños y adolescentes. Por su sencillez y practicidad, el modelo se reprodujo una y otra vez para explicitar ante públicos diversos el significado de la resiliencia, los factores que la determinan, y los modos de alentarla o promoverla. Pero la fuerte pregnancia emotiva, casi heroica, de la idea del “sujeto resiliente”, resaltada en la divulgación mediática del concepto, ejemplificada muchas veces a través de personajes históricos, efectivamente resilientes ellos, sesgaron la comprensión del “Yo tengo-soy-estoy-puedo” hacia un foco en las características de cada individuo más que en la

dimensión procesual e intersubjetiva que en realidad se buscaba enfatizar. El propio Manual de la OPS especifica el sentido de aquellos verbos del siguiente modo (1998, p.23):

TENGO

- Personas alrededor en quienes confío y quienes me quieren incondicionalmente.
- Personas que me ponen límites para que aprenda a evitar peligros o problemas.
- Personas que me muestran por medio de su conducta la manera correcta de proceder.
- Personas que quieren que aprenda a desenvolverme solo.
- Personas que me ayudan cuando estoy enfermo o en peligro o cuando necesito aprender.

SOY

- Una persona por la que los otros sienten aprecio y cariño.
- Feliz cuando hago algo bueno para los demás y les demuestro mi afecto.
- Respetuoso de mí mismo y del prójimo.
- Capaz de aprender lo que mis maestros me enseñan.
- Agradable y comunicativo con mis familiares y vecinos.

ESTOY

- Dispuesto a responsabilizarme de mis actos.
- Seguro de que todo saldrá bien.
- Triste, lo reconozco y lo expreso con la seguridad de encontrar apoyo.
- Rodeado de compañeros que me aprecian.

PUEDO

- Hablar sobre cosas que me asustan o me inquietan.
- Buscar la manera de resolver mis problemas.
- Controlarme cuando tengo ganas de hacer algo peligroso o que no está bien.
- Buscar el momento apropiado para hablar con alguien o para actuar.
- Encontrar a alguien que me ayude cuando lo necesito.
- Equivocarme y hacer travesuras sin perder el afecto de mis padres.
- Sentir afecto y expresarlo.

Como agentes de salud y educadores podemos promover la resiliencia si procuramos

que la crianza y la educación formal y la informal aumenten las situaciones que producen estas verbalizaciones en cada niño que crece.

Resulta evidente que lo que se propone, a los efectos de promover la resiliencia, es cierto tipo de *interacción* entre sujetos que se reconocen mutuamente como significativos. Es un entramado intersubjetivo, “un espacio entre” donde las palabras, los afectos, los pensamientos, se “ponen en acto” en situaciones de crianza y educación formal o informal el que, cuando reúne ciertas características, es capaz de generar resiliencia.

Simultáneamente, en el mismo Estado del arte en resiliencia (OPS, 1997, pp. 26-27) se presenta, en el apartado correspondiente a las características psicosociales de los niños y niñas resilientes, el que Wolin y Wolin (1993) denominaron *Mandala de la resiliencia*, que identifica, como características diferenciales de esos niños a las siguientes: *introspección, independencia, capacidad de relacionarse, iniciativa, humor, creatividad y moralidad*. Suarez Ojeda (1997) y Melillo (2001, p.88 y 2004, pp.288-289) mantienen aquellos atributos, ahora denominados *pilares de la resiliencia*, y sus definiciones conceptuales, pero incorporan dos más: la *autoestima consistente*, basamento de los otros, y un pilar de segundo grado, el *pensamiento crítico*. Sintéticamente el modelo de los pilares de la resiliencia queda formulado del siguiente modo:

- *Autoestima consistente*: es la base de los demás pilares y es el fruto de múltiples factores intervinientes, entre los que sobresale el cuidado afectivo consecuente del niño o adolescente por un adulto significativo.
- *Introspección*: es el mecanismo psíquico del sujeto que consistente en la capacidad de preguntarse a sí mismo y darse una respuesta sincera. Depende de la solidez de la autoestima y del reconocimiento recibido del otro significativo.
- *Independencia*: desde el tema que nos ocupa se define como el saber fijar límites entre uno mismo y el medio con problemas; la capacidad de mantener distancia emocional y física sin caer en el aislamiento. Depende del principio de realidad que permite juzgar las variables en juego en una situación determinada sin que predominen los deseos del sujeto.
- *Capacidad de relacionarse*: posibilidad de establecer lazos y afectos con otros, para balancear la propia necesidad de afecto con la actitud de brindarse a los demás.

Una autoestima baja o exageradamente alta produce aislamiento.

- *Iniciativa*: capacidad del sujeto de proponerse y cumplir cierto nivel de exigencia y ponerse a prueba en tareas progresivamente más exigentes.
- *Humor*: capacidad de encontrar lo cómico en la propia tragedia. Permite ahorrarse sentimientos negativos aunque sea transitoriamente y soportar situaciones adversas.
- *Creatividad*: posibilidad de crear orden, belleza y finalidad a partir del caos y el desorden. Fruto de la capacidad de reflexión, se desarrolla desde la infancia a partir del juego.
- *Moralidad*: en este contexto se la considera como la consecuencia de extender el deseo personal de bienestar a todos los otros y la capacidad de comprometerse con valores. Está en la base de la consideración de los semejantes y hacia ellos, a sabiendas de los límites mutuos. Podemos decir, siguiendo a Emmanuel Levinas, que la relación de uno con otro, se revela en la trascendencia del “para otro”, y conduce de ese modo a descubrir el “sujeto ético”, a descubrir el “entre nosotros”.
- *Capacidad de pensamiento crítico*: es un pilar de segundo grado fruto de la combinación de todos los otros y que permite analizar críticamente las causas y responsabilidades acerca de la adversidad que se sufre para proponer modos de enfrentarla y transformarla. (Melillo, A, Soriano R., Méndez J., Pinto, P. 2004, pp.288 y 289)

Desde una perspectiva sistémica de la resiliencia, convergente con los enfoques mencionados anteriormente, Selma Azar de Sporn (2010), en un capítulo sugestivamente titulado *Sembrarás autoestima, cosecharás resiliencia*, explica:

(...) cómo la propia identidad y el mantenimiento de la autoestima dependen de la relación complementaria con los otros y de la atribución de significado que esos otros nos proveen. Y viceversa, la identidad y la autoestima de los otros dependen de los mensajes comunicacionales que les enviamos a esos otros y

del otorgamiento de significado y valoración que les demostramos a través de esos intercambios verbales y no verbales. (...) Por esta razón, es que en la interacción (...) cada uno va influyendo en las conductas del otro y en su autoestima. Y esto es de vital importancia debido a que la autoestima es uno de los pilares que sostienen la resiliencia (...) Así, entonces, si las interacciones - una serie de mensajes intercambiados entre personas- son funcionales, sanas, nutritivas se elevará la autoestima de esas personas y se fortalecerá no solo ese vínculo que conforman entre ellos sino además la resiliencia de cada uno. (pp. 171-172)

Es inherente a la perspectiva sistémica destacar el rol que juega la intersubjetividad en general, pero aquí resulta particularmente interesante en lo que hace a la autoestima de los sujetos y el papel que desempeña en relación a la resiliencia. No es casual que la autora la haya destacado entre los pilares de la resiliencia. Es que la autoestima consistente es una base indispensable para el desarrollo de los otros pilares. Ya habíamos destacado el carácter ontogenéticamente temprano e intersubjetivo de los elementos que hacen a la conformación de la autoestima en los desarrollos de Winnicott y Daniel Stern. En el mismo sentido se ubican la Teoría del apego de John Bowlby y los tipos de apego que identificó Mary Ainsworth. En todos los casos se trata de procesos vinculares que se desarrollan muy tempranamente, que generan estructuras que de algún modo permanecen con su particularidad en cada sujeto, en cuyo desarrollo vital influirán, con efectos y un encadenamiento causal complejo, dinámico y multifacético. Es allí donde adquieren relevancia y se entretajan los otros pilares de la resiliencia. Por ello es importante considerar que:

Hay, entonces, una secuencia identificatoria y de construcción de la autoestima que empieza con la madre y sigue con el padre, los hermanos, la familia extensa, los amigos, los docentes, otros cuidadores, agentes de salud, etc. Debe tenerse en cuenta que cuando el balance narcisístico viene deteriorándose, casi siempre es posible restablecerlo. (Melillo, Estamati y Cuestas 2001, p.95.)

Sobre ese "casi siempre" de la posibilidad de recuperación (que sólo excluye a las psicopatologías graves) es que operan salutogénicamente los otros pilares de la resiliencia que se desarrollan en articulación con alguna de las facetas o dimensiones de la autoestima del sujeto, pero, en todos los casos, a través del entramado intersubjetivo que ofrece, a lo largo de la vida, el entorno humano específico a nivel familiar, social, institucional.

H. Kohut llama *transformaciones del narcisismo* al cumplimiento relativamente exitoso del proceso de narcisización del sujeto, o sea, del desarrollo consistente de su autoestima, su amor a sí mismo, lo cual lo habilita para determinados logros que, al ser enunciados, no son otros que algunos de los caracterizados como pilares de la resiliencia. Así menciona la *creatividad*, que en un sentido amplio (...) constituye la capacidad de “crear” las condiciones de satisfacción en el mundo. La *empatía* es la segunda transformación que refiere Kohut, en tanto medio de acceder, de manera privilegiada a la experiencia mental del otro. Algo del orden de la empatía subyace en la confianza que nos facilita las relaciones con los semejantes. Habría una “empatía primaria” relacionada con el vínculo con la madre, que nos prepara para poder acceder a las experiencias internas básicas de los demás. El *sentido del humor* es un escalón necesario para lograr que el balance narcisista no adquiriera siempre un carácter dramático o apocalíptico. Según Kohut, coloca al individuo en una suerte de nivel superior, desde dónde se observa a través de una conciencia crítica neutralizada por esa observación de segundo orden que constituye el humor o la ironía. El sentido del humor no ofrece un cuadro de grandiosidad o euforia sino el de un sereno triunfo interior, en el que no está ausente cierto matiz de melancolía no negada. Agrega *la aceptación de la finitud de la existencia y la sabiduría* como la capacidad del hombre de aceptar las limitaciones de sus poderes físicos, intelectuales y emocionales, lo que le permite mantener una actitud estable frente a la vida y los semejantes, integrando conocimientos pero admitiendo sus límites y recurriendo al sentido del humor y a un sistema de valores atravesado por la experiencia vívida de los deseos. Melillo, Estamati y Cuestas 2001, pp.95-96)

Esta lectura de las ideas de Kohut, publicadas en 1968, además de permitir comprender como se articula la autoestima en la conformación de los otros pilares de la resiliencia, pone en evidencia que el constructo de la resiliencia en rigor recupera una amplia gama de estudios y teorías que ya venían formulándose, integrándolas de un modo que facilita su utilización más allá de la clínica y la prácticas psicoterapéuticas. Dan testimonio de ello las similitudes y convergencias que se verifican, aunque a veces cambien las denominaciones, desde las Teoría

del apego de Bowlby y Ainsworth a la más reciente Teoría de la mente, pasando por los sentidos del sí-mismo cuya temprana constitución desarrollara Stern, como hemos visto en capítulos anteriores. Podemos pensar que es ese infante que ha constituido un sólido sentido del sí-mismo intersubjetivo, el que dispone de un modelo de apego seguro, lo que le permite explorar y jugar, dando lugar a la creatividad y todo lo que esto conlleva, como ya postularan Freud y Winnicott, y en estrecha vinculación con el humor.

El humor muestra como la percepción de una situación puede reconfigurarse súbitamente y producir un cambio en el afecto y el comportamiento del sujeto. (...) En cierto sentido la capacidad del humor es un retoño de una autoestima bien instalada. En clave psicoanalítica, mediante el humor, el yo se puede burlar de los requerimientos o juicios del superyó, a la vez que logra ajustar su sentimiento a la situación penosa presente en la realidad, posibilitando la tramitación o superación de tensiones acumuladas. Cualitativamente produce una descalificación (desautorización) relativa, y generalmente, transitoria, de ciertos contenidos superyoicos o pertenecientes a los ideales del yo, y también de la realidad adversa. El mismo efecto se produce cuando el humor se despliega en relación con otro: altera la tensión que puede existir en el vínculo, que se reubica en un nivel de intercambio positivo. (Melillo, Estamati y Cuestas 2001, pp.96-97)

Algo similar ocurre con la *introspección* que, según hemos visto con Vigotski, es un fenómeno intersubjetivo antes de ser intrapsíquico, al igual que las instancias del superyó-ideal del yo propuestas por Freud (también de matriz intersubjetiva) y que una vez más operan en este caso en relación al dinamismo de la autoestima.

Preguntándose a uno mismo se pone en juego la autoestima del sujeto, la consistencia afectiva de la relación con uno mismo. Si esta es negativa y el yo es víctima de una exacerbada crítica interna por su propia autoconciencia vinculada al superyó o está agobiado por las exigencias de sus ideales, no va a poder darse una respuesta honesta, en especial si implica una autocrítica, pues lesionará su autoestima. Al no alcanzar este nivel suficiente, el sujeto se defiende rechazando cualquier rechazando cualquier interrogante que ponga en juego su precario equilibrio. (Melillo, Estamati y Cuestas. 2001, p.99)

La intersubjetividad es naturalmente inherente a la *capacidad de relacionarse con otros* y resulta claro como un desequilibrio narcisista, por exceso o déficit, puede dificultarla. Por déficit cuando las reticencias del sujeto a vincularse, por considerarse no merecedor de la atención de los otros, terminan por confirmarse al provocar el efecto de que los demás elijan no aproximarse a él. Y por exceso cuando la sobreestimación defensiva se expresa en comportamientos de soberbia, autosuficiencia u omnipotencia de los que finalmente los demás se alejan. Cuando la autoestima y la relación con las instancias psíquicas involucradas son adecuadas o “suficientemente buenas”, hermanada con la capacidad de relacionarse se desarrolla la posibilidad de *tener iniciativas*, que por cierto siempre, conciente o inconcientemente, se vinculan con un otro.

Veamos por otra parte que ocurre con la *independencia*, otro pilar de la resiliencia, que se expresa con claridad en niños, adolescentes y adultos pero que comienza a gestarse muy tempranamente, como describió e hicimos mención en este trabajo, Stern (1991) en bebés de pocos meses de vida:

(...) la *independencia* se basa en un adecuado desarrollo del principio de realidad, que permite juzgar una situación externa prescindiendo de los deseos íntimos del sujeto, que lo pueden llevar a distorsionar la verdadera situación. (...) Sólo si el yo del sujeto ha alcanzado un juicio de realidad adecuado, sustentado en una autoestima sólida, podrá fijar límites con el medio o las personas problemáticas sin caer en el aislamiento. (Melillo, Estamati y Cuestas 2001, p.100)

También de origen y gestación intersubjetiva, en tanto sedimento vincular (en relación a los padres primeros y después con otros adultos) es que se van conformando en el psiquismo del sujeto el superyó y el ideal del yo, que en interacción con el contexto sociocultural van determinando la *moralidad* específica de cada individuo. Aquella que conciente o inconcientemente lo orienta en su modo de actuar y juzgarse a sí mismo y a los demás.

Finalmente, en discusión con quienes definían la resiliencia básicamente como capacidad de afrontar la adversidad con resultados de “adaptación positiva” y en respuesta a quienes por ello mismo la cuestionaban, señalando con buen criterio, que en determinadas circunstancias, tanto a nivel individual como familiar o comunitario, lo positivo justamente no es adaptarse o ajustarse a lo socialmente esperado o establecido, surgió la necesidad de especificar un nuevo pilar de la resiliencia: *el pensamiento crítico*. Y se lo entendió como de segundo grado, al considerar que así como la autoestima consistente era basamental, éste se edifica a su vez

sobre la interrelación de los pilares restantes.

Tutores de resiliencia

Es frecuente, al tomar contacto con el concepto de la resiliencia, que padres, educadores de todos los niveles, médicos y agentes de salud, psicoterapeutas, trabajadores sociales, y en particular los que tienen una actitud reflexiva y crítica sobre el desempeño de sus respectivos roles, piensen que en realidad algo o mucho de ello ya les era conocido, en alguna medida por su formación cultural o teórica, pero fundamentalmente por su experiencia práctica. Ya hemos desarrollado los numerosos puntos de contacto con las teorías que integran la formación académica de aquellos profesionales o incluso aquellas ideas del “saber popular” o intuitivo que en las diversas culturas nutren a quienes procuran ser buenos padres, madres o cuidadores de niños y adolescentes. Pero más impactantes aún resultan aquellos reconocimientos, expresiones y conductas que provienen de aquellos con los que hemos interactuado con impactos trascendentes o significativos en sus vidas, incluso muchas veces sin ser del todo conscientes de ello y de su relevancia en la vida de esos sujetos. Boris Cyrulnik explica, en sus múltiples obras, conferencias y entrevistas, que en aquellas ocasiones se ha actuado como lo que él denominó como *tutores de resiliencia*:

Un tutor de resiliencia es alguien, una persona, un lugar, un acontecimiento, una obra de arte que provoca un renacer en el desarrollo psicológico tras el trauma. Casi siempre se trata de un adulto que encuentra al niño y que asume para él el significado de un modelo de identidad, el viraje de su existencia. No se trata necesariamente de un profesional. Un encuentro significativo puede ser suficiente. (...) Muchos niños comienzan a aprender en el colegio una materia porque les agrada el profesor. Pero cuando, veinte años después, uno le pregunta al profesor que explique la causa del éxito de su alumno, el educador se subestima y no sospecha hasta qué punto fue importante para su alumno.

(En Melillo, 2005, Perspectivas Sistémicas, on line)

Sin duda el concepto de tutor de resiliencia es el que de manera más contundente pone en evidencia y explica el carácter intersubjetivo de aquellos procesos que promueven resiliencia en las personas a lo largo de su ciclo vital. Ningún caso de resiliencia concreta en un sujeto puede comprenderse sin la presencia de un otro u otros significativos, que en algún momento brindan apoyo u amor incondicional (aún en la puesta de límites), que demuestran confianza, que estimulan o gratifican al sujeto, que lo estimulan en su ser, su potencial, su creatividad, que lo acompañan y confían en sus iniciativas, pero sin reemplazar la propia acción que le compete y su autonomía decisional (por supuesto según su edad y desarrollo madurativo). Incluso cuando esa intersubjetividad se encuentra “condensada” en una obra de arte, o multifacéticamente

encarnada (material y simbólicamente) en la propia labor artística o en el compromiso social o político de modo de otorgar un sentido a la vida y al vínculo con los demás.

Capítulo 5: Resiliencia e intersubjetividad. Algunos aportes en educación, atención y promoción de la salud y desarrollo social comunitario.

La resiliencia, surgida como concepto a partir del estudio de la capacidad de los seres humanos para afrontar situaciones traumáticas incluso extremas y poder continuar un desarrollo vital pleno, fue rápidamente acogido para su aplicación en prácticas e intervenciones educativas, sanitarias y de desarrollo social. En muchos casos, y con buen criterio, procurando objetivos que involucran dos o más de estos campos: un ejemplo típico serían los programas de prevención de adicciones en adolescentes desde la escuela, en barrios de extrema pobreza. Razones obvias (y tal vez un sesgo de origen) hicieron que los organismos públicos nacionales e internacionales, así como múltiples organizaciones no gubernamentales, orientaran sus esfuerzos hacia poblaciones (especialmente niños y adolescentes) en condiciones socio-económicas desfavorables, en situación de discriminación o exclusión social y/o afectadas por guerras, migraciones obligadas o catástrofes naturales.

Al mismo tiempo, la utilización del constructo se abría camino en la clínica psiterapéutica de individuos, familias y grupos, en la prevención y promoción de salud de la población en general, en múltiples experiencias educativas desde el nivel inicial hasta la universidad. Muchos profesionales encontraban a su vez, en el concepto de resiliencia, un modo de denominar, validar o reorganizar aspectos que ya reconocían como valiosos en sus propias experiencias y prácticas.

Simultáneamente, por influjo mediático, se hizo cada vez más habitual la mención coloquial de “ser resiliente”, aplicada tanto a personajes famosos como a personas del común en relación a los avatares de su vida.

Es en ese contexto tan amplio, diverso y dispar que nos permitimos ensayar o esbozar algunas reflexiones y sugerencias teniendo en cuenta el recorrido realizado en este trabajo en el intento de articular los conceptos de resiliencia e intersubjetividad.

Las experiencias adversas más frecuentes e importantes son las que implican carencias, abusos, sobreprotección, descalificación, negligencia, ineficiencia parental y de quienes lideran grupos sociales. También aquellas experiencias que expone al individuo a las adversidades sociales sin apoyo (Wolin y Wolin, 1993), como son la oferta masiva del consumismo, la exposición y pertenencia a culturas de evasión y transgresión, la

disminución de oportunidades de participación activa y positiva, la falta de gratificaciones, la disminución de la confianza en resultados justos, las experiencias de pobreza, de marginación, de descalificación por ser diferente, de desocupación, de detención, de reclusión, de pérdida de la inserción escolar, la carencia de redes de apoyo, de aprendizaje de destrezas y de formas de lograr autonomía. Agregamos la ausencia de proyectos, de reconocimiento social, de canales para comunicar las necesidades, de oportunidades para desarrollar talentos alternativos, de valoración de los aportes al entorno, las experiencias de estigmatización, invisibilidad y de exclusión social (Ravazzola, 2001, pp. 107 y 108)

Hemos visto anteriormente que la resiliencia es un proceso intersubjetivo que puede explicarse tanto en términos de la psicología del desarrollo como del psicoanálisis en tanto inherente a la propia evolución filogenética de la especie y consustancial, socio histórica y culturalmente mediante, al devenir ontogenético del sujeto del principio al fin de su vida. La trama intersubjetiva se va ampliando y complejizando a medida que la persona crecen (desde la familia a los subsistemas que conforman la sociedad humana) y con ella la posibilidad de padecer adversidades y sufrimientos subjetivos de alcance traumático (que se ha diversificado incluso en el mundo actual si nos atenemos a lo que destacados filósofos, sociólogos y psicólogos contemporáneos refieren y que Ravazzola sintetiza en la cita precedente). La resiliencia como concepto brinda herramientas conceptuales sobre como promover, aún así, desarrollos personales más plenos y saludables. Operando en los campos donde la interacción social humana puede organizarse y planificarse: la educación, la salud, la justa división del trabajo y las oportunidades para la vida en comunidad.

En el campo de la educación.

Es en el amplio campo de la educación, formal e informal, donde la resiliencia como constructo ha tenido un impacto mayor que se sigue multiplicando día a día. La articulación de resiliencia e intersubjetividad nos permite comprender el por qué al considerar algunas de sus implicancias. En primer lugar, después de la familia, supone el mayor espacio de socialización/individuación de las personas y que con mayor sistematicidad y permanencia en el tiempo produce el encuentro entre sujetos que se reconocen mutuamente como significativos. No resulta casual entonces que psicólogos, destacados como hemos visto en la comprensión de la intersubjetividad, como Vigotski y Bruner, hayan formulado elaboraciones, basado el segundo en el primero, como la *zona de desarrollo próximo* y el *andamiaje*, de tanta relevancia en la teoría y

la práctica de la enseñanza y el aprendizaje. En el sentido de lo que este trabajo viene desarrollando resulta evidente la asociación con la figura del tutor de resiliencia (Cyrulnik). Sin embargo es muy frecuente entender (aunque no de manera explícita o consciente) que el rol del educador en el marco de la zona de desarrollo próximo o el andamiaje opera básicamente en la esfera de lo cognitivo o intelectual mientras que el tutor de resiliencia lo hace en relación a lo emocional o afectivo. La articulación de resiliencia e intersubjetividad permite esbozar algunas ideas en torno a esta problemática. Hemos visto con Stern como el sentido del sí-mismo (emergente, nuclear, intersubjetivo y verbal) se conforman durante los primeros dos años de vida sobre la base de compartir intersubjetivamente *el foco de atención, la intencionalidad y los estados afectivos*. Estos sentidos del sí-mismo si bien se constituyen secuencialmente permanecerán todos ellos a lo largo de la vida del sujeto adquiriendo preeminencia uno u otro según las características del sujeto y las contingencias de su devenir en el mundo. La madre (o el cuidador primario) será la primera “tutora de resiliencia” si es “suficientemente buena” y le permitirá al niño un “apego seguro” desde el cual poder jugar (crear) y explorar (conocer) en el mundo y en la interacción con los otros. Es la escuela (y los educadores en concreto) la que posteriormente acompaña, complementa (y a veces necesita suplir) a la familia en el desarrollo del sujeto. Y ese será el nuevo espacio de encuentro con y entre otros (niños y docentes) con los cuales una vez más compartir, a través de la acción y la palabra, la atención, la intención y los afectos, en el aula y el recreo, a la entrada y salida, cada día, del colegio. La educación, de modos que varían según la edad y el ciclo, es un ámbito muy potente para mantener, estimular, promover, desarrollar (pero también para debilitar o dañar) los pilares de la resiliencia (autoestima consistente, introspección, independencia, capacidad de relacionarse, iniciativa, humor, creatividad, moralidad, pensamiento crítico). Pero a su vez, y esto es clave, estos pilares involucran procesos, capacidades o resultan factores claves en el aprendizaje más consistente de los propios contenidos curriculares correspondientes a cada nivel: los niños, adolescentes y adultos aprenden mejor.

Finalmente, son muchos los casos en que docentes refieren que ex alumnos (con la más diversa pertenencia sociocultural) les han agradecido, aún después de mucho tiempo, el haber sido tutores de resiliencia (por supuesto que no con esas palabras) en momentos difíciles de sus vidas, y que tal reconocimiento ha funcionado como retroalimentación positiva, fuente de motivación para su actividad e incluso factor de resiliencia para ellos mismos. Todo lo cual lleva a pensar que la inclusión de los conocimientos que hacen a la articulación de resiliencia e intersubjetividad en los planes de formación de los docentes puede resultar de gran utilidad en el campo educativo.

En la atención y promoción de la salud.

Los primeros investigadores interesados en la resiliencia y su aplicación la pensaron como una suerte de prevención inespecífica en materia de salud mental, asimilable a las vacunas

que se utilizan en relación, en este caso sí, a ciertas enfermedades somáticas. Sin perder ese carácter, por sus rasgos de inespecificidad y por la correlación que la noción de adversidad tiene con lo que la OMS (Organización Mundial de la Salud) define como determinantes sociales de la salud (las circunstancias en que las personas nacen, crecen, viven, trabajan y envejecen), la resiliencia fue incluida, de forma más amplia, como parte de las estrategias de promoción de salud que combinan políticas públicas e intervenciones educativas y de desarrollo social y comunitario.

Al mismo tiempo, la resiliencia, concebida intersubjetivamente, ofrece una perspectiva y una mirada que va siendo crecientemente utilizada en las áreas de incumbencia de la psicología de la salud, que abarcan todos los niveles de atención, desde la primaria hasta la de alta complejidad, y todas las instancias del continuo salud-enfermedad a lo largo del ciclo vital de las personas. Ello ocurre por varias razones: por el cambio del perfil epidemiológico de la población mundial, por la creciente prevalencia de los padecimientos y trastornos mentales y su elevada co-morbilidad con otras enfermedades crónicas, y porque, la investigación y la experiencia lo demuestran, lo psíquico y lo somático son indisolubles, tanto en su potencial patogénico como salutogénico.

Las enfermedades, traumas y discapacidades de todo tipo, incluidas por supuesto las que devienen naturalmente con el envejecimiento, son unas de las adversidades, situaciones críticas o factores estresantes que afectan más asiduamente a los seres humanos. La mejor superación de esa adversidad, se trate de la cura, rehabilitación, adaptación funcional, o incluso el encuentro de un sentido para la vida (por delante y/o ya transcurrida) que implique al menos la recuperación de un bienestar posible implica la puesta en acto de los pilares de la resiliencia en un “espacio entre”, es decir intersubjetivo, de los cuales el sistema sanitario ofrece muchos para el encuentro del enfermo, sus familiares o cuidadores, y los diversos agentes de salud (médicos, enfermeros, acompañantes terapéuticos, etc.). Una vez más, el agente de salud será “suficientemente bueno”, y por lo tanto tutor de resiliencia en la medida en que junto al apoyo técnico y emocional vaya permitiendo una interacción en la cual el sujeto participa cada vez más activa y autónomamente.

Como en otros campos, en el de la salud la resiliencia recupera, resignifica e integra saberes ya existentes. Pero en este caso el carácter intersubjetivo de la resiliencia, en términos del proceso pero también de los resultados resilientes en cada uno de los sujetos intervinientes, resulta muy significativo, según refieren basados en su experiencia numerosos psicólogos, médicos, enfermeras y asistentes sociales, cuyas actividades presentan, como sabemos, una fuerte incidencia del síndrome del burnout.

En el campo de lo social-comunitario.

Lo grupal, social o comunitario constituye en sí mismo un ámbito de lo intersubjetivo.

Los investigadores en materia de resiliencia, especialmente los pertenecientes a la vertiente latinoamericana pusieron también el foco en indagar en torno a la resiliencia entendida ya no como capacidad individual sino comunitaria de superar la adversidad. El estudio comparativo y exploratorio sobre múltiples casos de comunidades de diversa magnitud afectadas, en un subcontinente proclive a ellas, por grandes crisis y catástrofes naturales y sociales (terremotos, inundaciones, ciclones, hambrunas, guerras civiles, dictaduras) llevó a Suárez Ojeda (2001) a formular entonces el concepto de *resiliencia comunitaria* y a identificar y describir como pilares de la resiliencia comunitaria a aquellos que Melillo (2004, p.80) sintetiza del siguiente modo:

- a) Autoestima colectiva, que involucra la satisfacción por la pertenencia a la propia comunidad.
- b) Identidad cultural, constituida por el proceso interactivo que a lo largo del desarrollo implica la incorporación de costumbres, valores, giros idiomáticos, danzas, canciones, etcétera, que se transforman en componentes inherentes a la comunidad, proporcionando la sensación de pertenencia.
- c) Humor social, consistente en la capacidad de encontrar la comedia en la propia tragedia para poder superarla. Por ejemplo los chistes, a veces de humor negro, que permiten compensar el peso de una realidad aplastante, aunque sea por instantes.
- d) Honestidad estatal, como contrapartida de la corrupción que desgasta los vínculos sociales.
- e) Solidaridad entre los integrantes de la comunidad, como fruto de los lazos afectivos implícitos en la sensación de pertenencia a un colectivo humano.

Indudablemente estos pilares incluyen conceptos más propios de la antropología, la sociología e incluso de las ciencias políticas, pero también resultan interesantes y pertinentes para los aportes que la psicología social realiza en función de los procesos sociales y políticos que se desarrollan frente a graves crisis sociales o catástrofes naturales. En este sentido debe aclararse que la resiliencia comunitaria no resuelve ni suple de ningún modo aquello que es resorte de las políticas públicas o las decisiones sociales de carácter estructural o macro. Pero sí puede coadyuvar, a similitud de contextos y recursos, a obtener resultados más rápidos, consistente o satisfactorios para las poblaciones afectadas. Para ello resulta importante identificar y estimular la presencia (o imaginar vías compensatorias en su ausencia) de los pilares mencionados, empezando por el que se considera tiene aquí un valor basal y fundamental: la solidaridad. Es que ésta implica la capacidad de acudir en ayuda o frente a la necesidad de un

otro en calidad de tal, frente a las contingencias que pueden afectar a uno, varios, o todos los miembros de una comunidad. Comprender y tener en cuenta el entramado intersubjetivo y su dinámica en relación a la autoestima colectiva, la identidad cultural, el humor social, la honestidad estatal y la solidaridad entre los integrantes de cada comunidad (y que ésta a su vez se constituya en sujeto activo) puede significar la diferencia en la calidad y los resultados de cualquier intervención por parte de un agente o efector externo.

CONCLUSIONES.

Los conceptos de intersubjetividad y resiliencia vienen teniendo un desarrollo expansivo en la psicología. Sin embargo, tal vez porque en el primer caso prevalece su potencial teórico para explicar procesos complejos, mientras en el segundo resalta la “aplicabilidad”, es que en general esos senderos investigativos parecieran transcurrir por vías paralelas. Ese paralelismo en realidad encierra, como se deduce de lo analizado en este trabajo, una contradicción lógica (en relación a las prácticas basadas en la resiliencia, donde siempre hay un otro significativo involucrado) y epistemológica (prescindiendo de la intersubjetividad es imposible comprender tanto los procesos y resultados patogénicos como los salutogénicos y resilientes). Hemos intentado producir una articulación, tendiendo puentes teóricos y metodológicos, que ponga en evidencia y explicita aquello que en realidad está imbricado tanto filogenético como ontológicamente. Para ello, dentro de nuestros alcances y a modo exploratorio, han resultado de gran utilidad los cuatro usos de la intersubjetividad propuestos por Muller (2009): generativo-constitutivo, categorial, descriptivo-relacional y específico. Creemos que ellos han permitido examinar, evitando una generalización superficial, el papel que juega la intersubjetividad en la producción de resiliencia en los sujetos. En este sentido, además, el uso específico, es decir aquel que alude al modo o dimensión en que la intersubjetividad opera generativa o constitucionalmente, facilita el traslado de lo teórico al campo de aplicación. Efectivamente, tanto en educación como en salud y desarrollo social, es posible identificar los modos en que la intersubjetividad produce efectos a través de la acción y la palabra, en espacios entre sujetos que se reconocen mutuamente en su alteridad. Hemos intentado esbozar algunos lineamientos que permitan, en esos campos, orientar las prácticas en el sentido de promover la resiliencia de los sujetos, procurando a su vez mostrar que ello a su vez coadyuva al mejor cumplimiento de las funciones que la sociedad le asigna a sus sistemas educativo, sanitario y de desarrollo social.

Creemos, entonces, que la articulación de resiliencia e intersubjetividad es imprescindible para comprender, y fértil y nutricional para trabajar mejor con las personas.

Referencias Bibliográficas.

Altobelli, H, Giorla, G. (2017, junio) La resiliencia. Dicotomías entre sujeto y objeto. Actualidad Psicológica, 463,17.

Azar de Sporn, S. (2010). *Terapia sistémica de la resiliencia. Abriendo caminos, del sufrimiento al bienestar*. Buenos Aires: Paidós.

Bruner, J. (2012) *La educación, puerta de la cultura*. Madrid: Machado libros

Galende, E. (2004). Subjetividad y resiliencia: del azar y la complejidad. Cap.1 en Melillo, A, Suárez Ojeda E y Rodríguez Daniel (comp.)(2004) *Resiliencia y subjetividad. Los ciclos de la vida*. Buenos Aires: Paidós.

Grotberg, E. (1997) La resiliencia en acción. Seminario Internacional sobre aplicación del Concepto de Resiliencia en Proyectos Sociales, Universidad Nacional de Lanús, Fundación Bernard van Leer. Buenos Aires.

Grotberg, E, (2001) Nuevas tendencias en resiliencia. En Melillo, A y Suárez Ojeda, E (comp.) (2001) *Resiliencia. Descubriendo las propias fortalezas*. Buenos Aires: Paidós.

Melillo, A. Estamati, M, Cuestas, A (2001) *Algunos fundamentos psicológicos del concepto de resiliencia*. Cap. 4. en Melillo, A, Suárez Ojeda, E. N. y Rodríguez, D.

- (comp.)(2004) *Resiliencia y subjetividad. Los ciclos de la vida. Buenos Aires: Paidós.*
- Melillo, A. (2004) *Sobre la necesidad de especificar un nuevo pilar de la resiliencia. Cap.3.* en Melillo, A, Suárez Ojeda, E. N. y Rodríguez, D. (comp.)(2004) *Resiliencia y subjetividad. Los ciclos de la vida. Buenos Aires: Paidós.*
- Melillo, A. (2004). Realidad social, psicoanálisis y resiliencia. Cap.2 en Melillo, A, Suárez Ojeda, E. N. y Rodríguez, D. (comp.)(2004) *Resiliencia y subjetividad. Los ciclos de la vida. Buenos Aires: Paidós.*
- Melillo, A. (2005) *El pensamiento de Boris Cyrunik en Perspectivas Sistémicas* Nro. 85, marzo-abril.
- Muller, F. (2009). El concepto de intersubjetividad en psicoanálisis. Revista de Psicoanálisis, LXVI, 2, 2009,329-352.
- Ravazzola, M. C (2001) Resiliencia familiares. Cap. 5 en Melillo, A Suárez Ojeda, E (comp.) (2001) *Resiliencia. Descubriendo las propias fortalezas.* Buenos Aires, Editorial Paidós.
- Munis, M.Santos, H. Kotliarenco, M.a Suarez Ojeda.e.N.Infante, F. Grotberg, E. (1998) *Manual de identificación y promoción de la resiliencia en niños y adolescentes.* Organización Panamericana de la salud (OPS)
- Kotliarenco, M.a.Cáceres, I.Fontecilla, M. (1997) *Estado de Arte en Resiliencia.* Organización Panamericana de la salud (OPS).
- Stern, D. (1991) *El mundo interpersonal del infante.* Buenos Aires: Paidós.
- Suárez Ojeda, E. (2001).Una concepción latinoamericana: la resiliencia comunitaria. En Melillo, A y Suárez Ojeda, E (comp.) (2001) *Resiliencia. Descubriendo las propias fortalezas. Buenos Aires: Paidós.*
- Suarez Ojeda, E (2004). Introducción en Melillo, A, Suárez Ojeda E. N. y Rodríguez, D. (comp.) (2004) *Resiliencia y subjetividad. Los ciclos de la vida. Buenos Aires: Paidós.*
- Vigotski, L. (2012). *Pensamiento y habla.* Buenos Aires: Colihue.
- Winnicott, D.W. (2015). *Realidad y juego.* Buenos Aires: Gedisa.

